

Un incendio, no, es el contorno de una nube, no, es una bandada de pájaros sobrevolando los restos de un caserío humeante, el humo se adensa; es una cara bañada de transpiración hundiendo en sus ojos un clavo

Sólo sombras de peces en los abismos acuáticos. Ni una nube, ni pájaros, ni árboles de espeso follaje sino un bonzo ardiendo ante la multitud que lo mira paralizada. Su cuerpo empieza a oscilar, se inclina hacia un costado, se derrumba. La imagen es ahora un oscuro roquerío

340

350

355

360

370

380 corte / corte

Los árboles se esfuman. Grandes bandadas de pájaros sustituyen el negro de las rocas y emprenden el vuelo. Los rombos de sus alas comienzan a hundirse hasta formar miles de celdas que se cortan contra los edificios. La muchedumbre golpea con furia los barrotes. Son los árboles

oh fin

Arde, madre, padre, arden. La chola, la legua arden quemándose entre la multitud que huye aterrada. El gentío se desfonda por sus mismas caras, no, es el abismo de una inmensa explosión marcándose en el cielo, quién, quién

Centenares, cientos de sombras cada vez más oscuras se retuercen copando la crepitante luz, son dos insectos trenzados en un desafío mortal. Sus alas transparentes comienzan a derrumbarse como casas bombardeadas. Desde los polvorientos escombros emergen infinidades de seres vivos que se agrupan formando la figura de Cristo. Se ríe, se ríe a carcajadas... es un valle peleolítico rodeado de volcanes

fin  
fin

Sólo una llamarada en la noche. Las covachas de madera estallan, se queman, perdiéndose para arriba las chamizas hasta estrellarse contra una bandada de pájaros que se cubren de sangre inundando el inmenso campo. Raúl corre feliz entre las hierbas, le dicen amor mío, llama. No, son sólo sus ojos enrojecidos que se vuelven hacia el cielo, dime, dime...

Háblame, háblame, los cráteres se abren,  
 se hunden en la piel montañosa de dos  
 ancianos que se miran desgarradamente.  
 Sus ángulos empiezan a fraccionarse has-  
 ta desaparecer en la ondulante sombra:  
 son cerros de cuerpos esqueléticos em-  
 pujados por palas mecánicas que se des-  
 moronan rompiéndose en dos bocas com-  
 pletamente exangües. Son los mismos  
 viejos ahora besándose por cientos de  
 fauces abiertas que les van mordiendo  
 como si se dijeran: no, no me dejes.

PERO ESCUCHA SI TU ... no escuchas  
 DIFÍCIL QUE ME ENTIENDAS TU ... no escuchas  
 VAMOS MIRA ES INCREÍBLE ES LA DEMENCIA ES TRÁGICO  
 PEDAZOS POR APENAS UN MINUTO DE FELICIDAD

no escuchas  
 no escuchas

Se rompe, se prisma en la extensa superficie y luego se apaga. En un haz de luz cayendo sobre una vieja tendida en una mesa de disección. Se escucha el ulular de una sirena: la anciana abre los ojos. Se oye más fuerte: los abre aún más. La mesa mortuoria es ahora una gran plataforma de lanzamiento. Sobre ella, cuadrillas de obreros trabajan en la construcción de una planta eléctrica, no, es una carretera, ah no, es una estación orbital que explota en miles de estrellas fugaces atomizándose. Una fuerte ventisca comienza a succionar los fragmentos y nuevamente emerge el negro cielo ahora completamente despejado, las preguntas, las respuestas, toda una vida, la inmensidad del destino. Embargadas de una intensa emoción la anciana se levanta. Poco a poco su cara empieza a trizarse. El ventanal de su cuarto se viene estrepitosamente al suelo. Tras él las llamaradas del sol han capitulado

Sí, es un rostro. Parece arena, pero son los poros de una cara perlada de transpiración, abierta, con los ojos deformados por el miedo, que comienza a estriarse. Se granula, se erosiona y aparece el inmenso cielo baldío cubierto de nubes. Tiembla la luz y el paisaje se desfonda. Es una larga fila de mujeres y niños con los brazos en alto que pasan frente a soldados que los apuntan con sus armas. Poco a poco los brazos empiezan a alargarse fundiéndose con los surcos de un campo arado visto desde el aire. El hueco entre las nubes sólo deja ver un trecho perdiéndose en la lejanía, no, son boquetes de balas en un muro, más bien era un valle labrado, no no, es el mar espejeándose en las pupilas de dos ojos desmesuradamente abiertos. En su interior aún se distinguen las mismas mujeres y niños alzando como en un sueño sus brazos. Es la noche. No, son las negras gafas de Pinochet que estallan en miles de pedazos. Cada pedazo forma la imagen de una inmensa araña que trepa por la pared

/ Negro y corte

Nuevas gotas de sudor surcan el campo enormemente blanco. Al alejarse el plano se marca en el lente de una cámara fotográfica. El lente pestañea haciendo saltar desde su interior un esqueleto que empieza a perseguir a un hombre en camión. Lo alcanza justo cuando una mano aferra la muñeca de otra mano que sostiene un fierro al rojo. Chisporrotea, encandila, se hunde. El gran campo blanco es ahora una córnea sangrante

Una gran tempestad de nieve nuevamente lo borra todo fundiéndose al helado fondo. Lentamente los inmensos témpanos se desplazan hasta mimetizarse con la blancura de un cuerpo entrando en una cámara frigorífica. Sus ojos fijos apuntan hacia el techo. Se borran otra vez: son dos negras rocas cortadas en el hielo. Tras ellas, un grupo de andinistas, cubriéndose con los brazos el rostro, intentan desesperadamente avanzar entre la nieve. Vacíos, sus trajes están ahora en el borde de una piscina. Es el mismo cuerpo desnudo que trata a duras penas de levantarse, sus costillas comienzan a ennegrecerse, se entrecruzan, se arman y asoman las altísimas torres. Es el Cabo Cañaveral. Intensamente albo el gigantesco Titán inicia su ascenso. Al rato sólo se distingue la estela de fuego que van dejando sus turbinas. Su ascenso se hace cada vez más rápido hasta terminar perdiéndose apenas como un punto rojo en el cielo. El rojo inunda el campo, ah sí, son las flores

NO PRINT  
NO PRINT

Estallan las nubes tomando el color bermellón del anochecer. Se acercan aceleradamente aguzándose hasta ser el humo que expele un bombardero antes de transmutarse en la quebrada silueta de un insecto. Sus patas ceden y el macho cae bajo los aguijonazos de la reina deshaciéndose en agua. No, no es agua, es sangre. Asesinado, el padre se desmorona en medio de los chillidos de miles de figuras farragosas que corren a ciegas ante bloques de edificios infernalmente bombardeados. Los bloques se inclinan, se alargan, se derrumban. Son las celdillas hexaédricas de un panal; desde su interior, mangas de abejas salen zumbando tras la reina y desaparecen entre las nubes. Es la huída. Del crepúsculo comienza a manar un rojo río de esperma

La luz recorta cada vez más los ojos enrojecidos de llanto. En el pequeño cuarto un grupo de soldados dan vuelta todo. Fugazmente, un hombre rodeado de guardias armados aparece mirando con fijeza la cámara. Sus ojos se pegan al lente. Lo traspasan. Herido de muerte un adolescente llama y pide. Su primer plano es el de una embelesada mirando. Dos manos cierran rápidamente el álbum; la escena desaparece y sólo queda la calle despoblada. Es el desierto, las pequeñas ventanas de las casas se remarcán en la oscuridad de la noche abriéndose hasta ser el cielo cuajado de estrellas. Todo se va desenfocando y nuevamente desaparece. En una boca que se abre y se cierra. Gruesas lágrimas inundan sus comisuras enteramente rotas que empiezan a temblar con el viento, flamean y como un vuelo despuntan los jirones de un grupo de hombres con las manos en la nuca atravesando el despoblado. Instantáneamente la calle se llena de desabridos rostros de mujeres que gritan: "Se te morirá, se te morirá". Sus bocas abiertas son una bandada de pájaros que chillan, no, son aviones que caen envueltos en llamas, no, es un paisaje lunar. Sus cráteres se funden con la cara gris del mismo adolescente, ahora enteramente arrugado, que se aparece diciendo: "¿Qué haces? ¿No sabes la noticia? Tu amor, esa que tanto adorabas, ha muerto"

Los enormes campos rojos continúan fundiéndose con la lejana. Detrás, rebaños de vacas pastan en praderas también infinitas. El campo rojo se desvanece en un sinnúmero de pequeñas manchas sobre las rompientes de las olas. Ya es plena noche, el sol se ha hundido en la niebla y el mar ha callado. La manada de vacas corre zigzagueando entre las rocas. La primera tambalea y cae; en vuelo, por un instante, el polvo de la caída dibuja el rostro emocionado de Salvador Allende ante la multitud que lo aclama. La multitud se dispersa mezclándose con el mar cada vez más oscuro. Las pequeñas manchas rojas sobre las rompientes empiezan a agrandarse, fulguran, se enroscan y estalla encendiéndose la tormenta: contra ella se recortan iluminadas rasantes de rostros mudos que gesticulan, de balnearios atestados de gentes, de un largo plano que comienza a elevarse entre estelas de fuego y desaparece. Se oye un gran estampido y todo cambia. Un hombre pálido, de débil aspecto que camina lamentándose, no, canta, no, está llorando; levanta su cara hacia lo alto y pregunta: "¿Estás muerta?" y pareciera como si al preguntar se confortara

/corte, corte

Es la visión del cielo. Silenciosamente una muchedumbre de seres desgreñados, de aspecto casi humano, comienza a emerger desde sus escondrijos para agruparse en torno a los primeros rayos de sol y es como si por un momento, apenas, el temor hubiera desaparecido de sus miradas

claro, oh sí, en eso consiste todo; el cielo, la tierra, las palabras. Los colores fluyen, crecen, toman forma, se mezclan y rompen; una línea delgada, la luz, la oscuridad. El lienzo, el papel, una vida, todo está completo, pleno, total; a través de la media luz la bendita mancha de la vida es todo el ecran. Se raja, se parte, se hunde como desde la profundidad la altura de los cielos y toda alrededor la vida está suspendida, burbujeando y rompiendo, todavía sobra en los abismos oceánicos y ya nube. Miles, millones de seres vivos; allí dentro está la partida: oh sí, es blanco como el cielo, oh no, es negro, los cimientos son grises como la mezcla que somos. Construir el cielo en la tierra; cómo poder salvar gentes: en eso consiste todo; el cielo; la tierra, las palabras

/ sí, es el concreto

Las áreas siguen cruzándose. Un gran campo pardo termina de surcar el cielo cubierto de nubes. Es el fondo del mar. Germinante, un torbellino de manchas violáceas se disparan por las corrientes del agua y mecen las profundidades: es un ballenato que se desprende entre una nube de sangre. El rojo alcanza la playa; ni nubes, ni cielo, ni profundidades marinas. Son grupos apenas humanos, hacinados, apiñándose tras una formación de soldados que avanza... no, es la Gran Muralla China. El plano se hunde en el abismo de un paisaje selenita rodeado de vegetación extraterrestre: es una cicatriz, son miles de formas vivas purulando, es pus. Desde su interior comienza a fluir agua. Las áreas se siguen cruzando, un lienzo, los fríos soles inertes, el big bang. El plano nuevamente se funde, se rompe, se quema, es sólo un destello



No, no son hierbas en el morado campo ni es tampoco un atardecer ni un paisaje lunar ni siquiera un árbol con una gruesa corona de follaje. Es apenas un blanco que lo vela todo. Contra él se recorta un trecho de cielo que empieza a arder, rajándose de lado a lado hasta reflejarse en el interior de una pupila que mira directamente hacia el frente, inmutable. Dentro de ella se refleja otra pupila que le devuelve la mirada y ese reflejo a su vez espejea a otra y esa otra a otra y a otra y a otra: el último reflejo es el de una calavera. Sus cuencas vacías se agrandan aceleradamente invirtiéndose en dos bolas cristalinas que ruedan por el piso. Un grupo de pequeños juegan a las canicas, todos ríen. No, no son niños sino una formación de focas amaestradas en una piscina al centro de un inmenso auditorio. Grandes glaciares comienzan a recoger los tonos multicolores del público que las aviva. Las focas reptan por esas planicies y se lanzan al mar helado, no, es una estampida de mugientes animales arrojándose en tropel por un abismo. El abismo son las cuencas vacías de la misma calavera reflejada en el interior de dos ojos muy abiertos que miran fijamente. Los ojos comienzan a incendiarse en llamas; un grito desgarrar el escenario, es una pregunta, no, es un grito, no, es un gemido apenas audible: Está vacío, oh sí, no hay nada



nada. Una muchedumbre de seres famélicos agitan tarros vacíos gritando "Está muerta, está muerta". Es sólo la figura de un niño encogido. No está muerta, está muerto. Los cuerpos hambrientos se desploman sobre el rayado de una pared completamente agujereada. Dice Mutter, no, dice Muerte. Todo se va al negro. La multitud grita pero no se ve. Sobre ellos se alza el hongo de una inmensa explosión atómica, no, es el retrato de una hermosa mujer. Las manos del niño se acercan y palpan a tientas el muro:

madre, madre

# EL PARAISO ESTA VACIO

© Copyright Raúl Zurita, 1984  
© Copyright Mario Fonseca / Ediciones Esporádicas, 1984  
Inscripción ISBN 59199-1984

Primera edición de 50 ejemplares  
numerados y firmados por el autor.

Ejemplar número

**EDICIONES ESPORADICAS**  
Santiago de Chile